

dolo todo á sus elementos mas simples. *El individuo, la familia, la sociedad*, hé aquí lo que debemos examinar á fondo hé aquí lo que ha de ser el blanco de nuestras investigaciones; que si llegamos á comprenderlo bien, tal como es en sí y prescindiendo de ligeras variaciones que no afectan su esencia, la civilizacion europea con todas sus riquezas, con todos sus secretos, se desenvolverá á nuestros ojos, como sale de entre las sombras una campiña abundante y amena al bañarla los rayos de la aurora.

Debe la civilizacion europea todo cuanto es y todo cuanto tiene, á la posesion en que está de las principales verdades sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad; se han comprendido en Europa mejor que en ninguna otra parte la verdadera naturaleza, las verdaderas relaciones, el verdadero fin de estos objetos; se tienen sobre ellos ideas, sentimientos miras de que se careció en las otras civilizaciones; y estas ideas y sentimientos están grabados fuertemente en la fisonomía de los pueblos europeos, inoculados en sus leyes, en sus costumbres, en sus instituciones, en su lenguaje, se respiran con el aire, porque tienen impregnada nuestra atmósfera como un aroma vivificante. Y es porqué de largos siglos abriga en su seno la Europa un principio robusto que los conserva, propaga y aplica; es porque en las épocas mas trabajosas en que disuelta la sociedad tuvo que formarse de nuevo, fué cabalmente cuando este principio regenerador disfrutó de mas influjo y prepotencia. Pasaron los tiempos, sobrevinieron grandes mudanzas, el Catolicismo sufrió alternativas en su poder é influencia sobre la Europa; pero la civilizacion que era su obra, era demasiado sólida para ser fácilmente destruida, el impulso era sobrado fuerte y certero para que se perdiera fácilmente el rumbo: la Europa era aun jóven en la flor de sus años, dotado de complexion robusta, y en cuyas venas circulan en abundancia la salud y la vida; los escesos del trabajo y la disipacion le postran por algun tiempo, le hacen palidecer, pero bien pronto recobra su rostro la lozanía y los colores, bien pronto recobran sus miembros la agilidad y la fuerza.

CAPITULO XXI.

EL *individuo*: hé aquí el elemento mas simple de la sociedad, hé aquí lo primero que debe estar bien constituido por decirlo así, hé aquí lo que en siendo mal comprendido y apreciado, será un eterno obstáculo á la medra de la verdadera civilizacion. Ante todo es nesario advertir que aquí se trata solo del individuo, del hombre tal como es en sí, y prescindiendo de las numerosas relaciones que le rodean, luego que se pasa á considerarle como miembro de una sociedad. Mas no se crea por esto que voy á considerar al hombre en un completo aislamiento, llevándole al desierto, reduciéndole al estado salvaje, y analizando el individualismo tal como nos lo ofrecen algunas hordas errantes, escepcion monstruosa que solo ha podido resultar de la degradacion de la naturaleza humana. Esto equivaldria á resucitar el método de Rousseau, método puramente utópico, que solo puede conducir al error y la estravagancia. Las piezas de una máquina pueden ser examinadas á parte, aisladamente, con la mira de comprender mejor su construccion peculiar; pero nunca deben olvidarse los usos á que se las destina, nunca debe perderse de vista el todo á que pertenecen; de otra suerte, el juicio que sobre ella se forme, no podrá menos de ser equivocado. El cuadro mas sublime y sorprendente no seria mas que una ridícula monstruosidad, si se examinaran en completo aislamiento, ó en combinaciones advitrarias, los grupos y las figuras: con semejante método podrian convertirse en sueños de un delirante los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael.

Pero sin olvidar que el hombre no está solo en el mundo, y que no ha nacido para vivir solo; sin olvidar que á mas de lo que es en sí, forma tambien parte del gran sistema del universo, y que á mas de los destinos que le coresponden como compren-

dido en el vasto plan de la creacion, está elevado por la bondad del Criador á otra esfera mas alta, superior á todo pensamiento terreno sin prescindir de nada de esto, como en buena filosofia no se puede prescindir, queda todavía lugar al estudio del individuo, y del individualismo; en la consideracion del hombre púese todavía abstraer de la calidad de ciudadano, abstraccion que lejos de conducirnos á estrabagantes paradojas, es muy á propósito para comprender á fondo cierta particularidad notable que se observa en la civilizacion europea, cierto distintivo que por sí solo no le dejaria confundir con las otras.

Que deba hacerse una distincion entre el hombre y el ciudadano, que estos dos aspectos den lugar á consideraciones muy diferentes, nadie habrá que no lo perciba fácilmente; pero es tarea hartó difícil el deslindar hasta dónde se estiendan los resultados de esta distincion, hasta qué punto sea conveniente el sentimiento de la independéncia personal, cuál sea la esfera que deba señalarse al desarrollo puramente individual, qué es lo que sobre este particular se encuentra en nuestra civilizacion que no se halle en las otras; es tarea hartó difícil apreciar debidamente esta diferencia, señalar su origen y objeto, y pesar atinadamente cuál ha sido su verdadero influjo en la marcha de la civilizacion. Tarea, repito, muy difícil, porque se encierran aquí varias cuestiones bellas é importantes en verdad, pero delicadas, profundas, donde es muy fácil equivocarse, porque es casi imposible fijar certeramente la mirada, á causa de que los objetos tienen algo de vago, de indeterminado, de aéreo, andan como fluctuando, solo vinculados entre sí por relaciones imperceptibles.

Tropezamos aquí con el famoso *individualismo* que, segun Guizot, fué importado por los bárbaros del Norte y representó un papel tan descollante, que debe ser reconocido como uno de los primeros y mas fecundos principios de la civilizacion europea. Analizando el célebre publicista los elementos de esta civilizacion, señalando la parte que en su juicio cupo al imperio romano y á la Iglesia, pretende hallar algo de singular y fecundo, en el sentimiento de individualismo que traian los germanos consigo, y que inocularon en las costumbres europeas.

No será inútil dar razon aquí de la opinion de M. Guizot sobre esta importante y delicada materia, porque al paso que se logrará fijar mejor el estado de la cuestion, cosa hartó difícil en

objetos de suyo tan vagos, se disipará la grave equivocacion que padecen algunos en este punto, debida á la autoridad del citado escritor, que con los recursos de su ingenio y los encantos de su elocuencia, ha hecho vorosímil y plausible lo que, examinado á fondo, no es más que una paradoja.

Como al combatir las opiniones de un escritor debe tenerse el primer cuidado en no alterárselas, atribuyéndole lo que en realidad no ha dicho, y estando por otra parte la materia que nos ocupa tan sujeta á equivocaciones, será bien copiar por entero las palabras de Guizot "El estado general de la sociedad entre los bárbaros es lo que nos importa conocer; y esto cabalmente es muy difícil. Comprendemos sin mucho trabajo el sistema municipal romano, y la Iglesia Cristiana: su influencia se ha perpetuado hasta nuestros dias, encontramos su huella en muchas instituciones, en hechos que tenemos á la vista, y esto nos facilita mil medios de reconocerlos y explicarlos. Nada empero ha quedado de las costumbres y del estado social de los bárbaros; vémonos obligados á adivinar, ora apelando á remotísimos monumentos históricos, ora supliendo la falta de esos monumentos con un atrevido esfuerzo de imaginacion."

No negaré ser muy poco lo que nos ha quedado de las costumbres de los bárbaros, ni disputaré con M. Guizot sobre lo que pueda valer una observacion que versa sobre hechos en que sea menester *suplir con esfuerzos de imaginacion lo mucho que de ellos nos falta*, en que nos veamos obligados á entrar en la peligrosa y resbaladiza senda de *adivinar*; no desconozco lo que son estas materias, y en las reflexiones que acabo de hacer sobre la cuestion que nos ocupa, y en los términos con que la he calificado, bien se alcanza que no juzgo posible andar con la regla y el compás; pero sí que puede servir esto para prevenir á los lectores contra la ilusion que pudiera causarles una doctrina que, bien profundizada, no es mas, repito, que una brillante paradoja.

"Hay un sentimiento, un hecho (continúa M. Guizot), que es preciso analizar y comprender para pintar con rasgos verídicos á un bárbaro: tal es el placer de la independéncia individual, el placer de lanzarse con su fuerza y su libertad en medio de las vicisitudes del mundo y de la vida; los goces de una actividad sin trabajo, la inclinacion á una vida aventurera, llena de improvisacion, de desigualdad, de peligro. Este era el sentimiento do-

minante del estado bravío, la necesidad moral que ponía en perpetuo movimiento aquellas masas de hombres. Viviendo nosotros en medio de una sociedad tan regular, tan uniforme, nos es sobremanera difícil representarnos ese sentimiento con todo el imperio, con toda la violencia que ejercía sobre los bárbaros de los siglos IV y V. Una sola obra he visto en la cual se halla perfectamente retratado ese carácter de la barbarie: la historia de la conquista de Inglaterra por los normandos, de M. Thierry, es el solo libro en que se ven reproducidos con una exactitud, con una naturalidad verdaderamente homéricas, los motivos, las inclinaciones, los impulsos que mueven y agitan á los hombres en un estado social próximo á la barbarie. En ninguna parte he comprendido, he sentido mejor lo que es un bárbaro, lo que es la vida de un bárbaro. Algo semejante se encuentra en las novelas de Cooper sobre los salvajes de América, si bien á mi entender, en un grado muy inferior, de una manera menos simple, menos verdadera. Véase en la vida de los salvajes americanos, en las relaciones que los unen, en los sentimientos que abrigan en medio de sus bosques, algun reflejo, alguna analogía que recuerda hasta cierto punto la vida y las costumbres de los primitivos germanos. Estos cuadros son ciertamente un poco ideales, tienen algo de poético; la parte repugnante de las costumbres y de la vida de los bárbaros, no se presenta en ellos con toda su crudeza: y no hablo solamente de los males acarreados por esas costumbres al estado social, sino de la situación interior, individual del mismo bárbaro. En esta necesidad imperiosa de independencia personal había algo de mas material, algo de mas grosero de lo que se desprende y pudiera deducirse de la obra de M. Thierry; dominaba en los bárbaros del Norte cierto grado de brutalidad, de embriaguez, de apatía, que no siempre se ven fielmente representadas en aquellas narraciones. No obstante, profundizando mas y mas las cosas, á pesar de esa confusa mezcla de brutalidad, de materialismo, de egoísmo estúpido, se conoce que aquella pasión por la independencia individual es un sentimiento noble, cuyo poder deriva todo de la parte superior, de la naturaleza moral del mismo hombre; es el placer de sentirse hombre, el sentimiento de la personalidad, de la espontaneidad humana en su libre desarrollo.

“A los bárbaros germanos, señores, debe la moderna civiliza-

ción ese sentimiento desconocido enteramente de los romanos, de la Iglesia, de casi todas las civilizaciones antiguas. Cuando en éstas hace algun papel la libertad, es la libertad política, la libertad del ciudadano; ésta era la que le movía, la que le entusiasmaba, no su libertad personal: pertenecía á una asociación, se hallaba consagrado á una asociación, y por una asociación estaba pronto á sacrificarse. Lo mismo sucedía en la Iglesia cristiana: reinaba entre los fieles un vivo apego á la corporación cristiana, un rendido acatamiento, un entero abandono á sus leyes, un fuerte empeño de estender su imperio: otras veces el sentimiento religioso conducía al hombre á una reacción sobre sí mismo, sobre su alma, á una lucha interior, para sojuzgar su libre albedrío y someterlo á las inspiraciones de su fé. El sentimiento empero de independencia personal, ese anhelo de libertad que se desarrolla sin otro fin ni objeto que el de complacerse, este sentimiento, repito, era desconocido á los romanos y á la sociedad cristiana. Los bárbaros se llevaron consigo y le depositaron en la cuna de la civilización europea. Tan descollante papel ha en ella representado, tan hermosos resultados ha producido, que es imposible dejar de reconocerle como uno de sus elementos principales.” (*Historia de la civilización europea. Lección II.*)

El sentimiento de la independencia personal, atribuido exclusivamente á un pueblo, ese sentimiento vago, indefinible, con una extraña mezcla de noble y de brutal, de bárbaro y de civilizador, tiene algo de poético, muy propio para seducir la fantasía; pero como el contraste mismo con que se procura aumentar el efecto de las pinceladas, lleva en sí algo de extraordinario y hasta contradictorio, la severa razón sospecha algun error oculto, y se pone en cautelosa guarda.

Si es verdad que tal fenómeno haya existido, ¿de dónde pudo dimanar? ¿Fue quizás un resultado del clima? Pero ¿cómo es concebible que abrigaran los hielos del norte, lo que no abrigaban los ardores del mediodía? ¿Cómo es que desenvolviéndose con tanta fuerza en los países meridionales de Europa el sentimiento de la independencia política, cabalmente no se encontraba en ellos el sentimiento de la independencia personal? ¿No fuera una extrañeza, mejor diré un absurdo, que los climas se hubiesen repartido como patrimonios los sentimientos de las dos clases de libertad?

Diráse quizás que procedía este sentimiento del estado social; pero en tal caso, no era menester atribuirle como característico á un pueblo; bastaba asentar en general, que ese sentimiento era propio de los pueblos que se hallasen en el estado social de los germanos. Además, que si era un efecto del estado social, ¿cómo pudo ser un germen, un principio fecundo de civilización, lo que era propio de la barbarie? Este sentimiento debiera haberse borrado por la civilización, no conservarse en medio de ella, no contribuir á su desarrollo; y si bajo alguna forma debía permanecer, ¿por qué no sucedió lo mismo en otras civilizaciones, ya que no fueron por cierto los germanos el único pueblo que haya pasado de la barbarie á la civilización?

No se pretende por eso decir, que los bárbaros del norte no ofrecieran bajo este aspecto alguna particularidad notable, ni tampoco que no se encuentre en la civilización europea un sentimiento de personalidad, por decirlo así, que no se halla en las demás civilizaciones; pero sí que para explicar el individualismo de los germanos, es poco filosófico valerse de misterios y enigmas, sí que para señalar la razón de la superioridad que tiene en esta parte la civilización europea, no es necesario acudir á la barbarie de los germanos. Si queremos formarnos idea cabal de esta cuestión tan compleja é importante, conviene ante todo fijar en cuanto cabe la verdadera naturaleza del individualismo de los bárbaros. En un opúsculo que di á luz hace algún tiempo, cuyo título era: *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*, traté por incidencia de ese individualismo, y me esforcé en aclarar sobre este punto las ideas; y como desde entonces no he variado de opinión, antes me he confirmado más en ella, trasladaré á continuación lo que allí decía. “¿Qué venía á ser este sentimiento? ¿Era peculiar de aquellos pueblos, era un resultado de las influencias del clima, de una situación social? ¿Era tal vez un sentimiento, que se halle en todos lugares y tiempos, pero modificado á la sazón por circunstancias particulares? ¿Cuál era su fuerza, cuál su tendencia, qué encerraba de justo ó injusto, de noble ó de degradante, de provechoso ó nocivo? ¿Qué bienes llevó á la sociedad, qué males? y estos ¿cómo se combatieron, por quién, y por qué medios, con qué resultado? Muchas cuestiones hay encerradas aquí; pero no traen, sin embargo, la complicación que pudiera pare-

cer; aclarada una idea fundamental, las demás se desenvolverán muy fácilmente; y simplificada la teoría, vendrá luego la historia en su confirmación y apoyo.

“Hay en el fondo del corazón del hombre, un sentimiento fuerte, vivo, indeleble, que le inclina á conservarse, á evitarse males, y á procurarse bienestar y dicha. Llámesele amor propio, instinto de conservación, deseo de la felicidad, anhelo de perfección, egoísmo, individualismo, llámesele como se quiera, el sentimiento existe; aquí dentro le tenemos, no podemos dudar de él; él nos acompaña en todos nuestros pasos, en todas nuestras acciones, desde que abrimos los ojos á la luz, hasta que descendemos al sepulcro. Este sentimiento, si bien se le observa en su origen, naturaleza y objeto, no es más que una gran ley de todos los seres, aplicada al hombre; ley que siendo una garantía de la conservación y perfección de los individuos, contribuye de un modo admirable á la armonía del universo. Bien claro es, que semejante sentimiento, nos ha de llevar naturalmente á aborrecer la opresión, y á experimentar un desagrado por cuanto tiende á embarazarnos, ó coartarnos el uso de nuestras facultades: la razón es obvia; todo esto nos causa un malestar, y á semejante estado se opone nuestra naturaleza; hasta el niño más tierno sufre ya de mala gana la ligadura que le embarga el libre movimiento: se enfada, forceja, llora.

“Además, si por una ú otra causa no carece totalmente el individuo del conocimiento de sí mismo, si por poco que sea, han podido desarrollarse algún tanto sus facultades intelectuales, brotará en el fondo de su alma otro sentimiento, que nada tiene de común con el instinto de conservación que impele á todos los seres, otro sentimiento que pertenece exclusivamente á la inteligencia: hablo del sentimiento de dignidad, del aprecio, de la estimación de nosotros mismos, de ese fuego que brota en el corazón en nuestra más tierna infancia, y que nutrido, estendido y avivado con el pábulo que va suministrando el tiempo, es capaz de aquella fuerza prodigiosa, de aquella expansión que tan inquietos, tan activos, tan agitados, nos trae en todos los períodos de nuestra vida. La sujeción de un hombre á otro hombre, envuelve algo que hiere este sentimiento de dignidad; porque aun suponiendo esta sujeción conciliada con toda la libertad y suavidad posibles, con todos los respetos á la persona sujeta, revela al me-

nos á esta alguna flaqueza ó necesidad, que la obliga á dejarse cercenar algun tanto del libre uso de sus facultades: y he aquí otro origen del sentimiento de independencia personal.

“Infiérese de lo que acabo de esponer, que el hombre lleva siempre consigo el amor á la independencia, que este sentimiento es comun á todos tiempos y paises, y que no puede ser de otro manera, pues que hemos encontrado su raiz en dos sentimientos tan naturales al hombre, como son: *el deseo de bienestar, y el sentimiento de su dignidad.*

“Es evidente que en la infinidad de situaciones física y moralmente diversas, en que puede encontrarse el individuo, las modificaciones de tales sentimientos podrán tambien variarse hasta lo infinito: y que estos, sin salir del círculo que les traza su esencia, tienen mucha latitud para que sean susceptibles de muy diferentes graduaciones en su energía ó debilidad, y para que sean morales ó inmorales, justos ó injustos, nobles ó innobles, provechosos ó nocivos, y por consiguiente para que puedan comunicar al individuo á quien afectan mucha diversidad de inclinaciones, de hábitos y costumbres, dando así á la fisonomía de los pueblos rasgos muy diferentes, segun sea el modo particular y característico con que se hallan afectados los individuos. Aclaradas ya estas nociones, sin haber dejado nunca de la mano el corazón del hombre, queda tambien manifestado cómo deben resolverse todas las cuestiones generales que se habian ofrecido con relacion al sentimiento de individualismo; echándose de ver tambien, que no es menester recurrir á palabras misteriosas, ni á explicaciones poéticas, porque nada hay aquí que no pueda sujetarse á riguroso análisis.

“Las ideas que el hombre se forme de su bienestar y dignidad, y los medios de que disponga para alcanzar aquel, y conservar ésta, hé aquí lo que graduará la fuerza, determinará la naturaleza, fijará el carácter, y señalará la tendencia de todos estos sentimientos: es decir, que todo dependerá del estado físico y moral en que se hallen la sociedad y el individuo. Y aun en igualdad de las demas circunstancias, dad al hombre las verdaderas ideas de su bienestar y dignidad, tales como las enseñan la razon y sobre todo la religion cristiana, y formareis un buen ciudadano: dádselas equivocadas, exageradas, absurdas, tales como las explican escuelas perversas y como las propalan los tribunos de todos

los tiempos y paises, y sembrareis abundante semilla de turbulencias y desastres.

“Falta ahora hacer una aplicacion de esta doctrina, para que concretándonos al objeto que nos ocupa, podamos manifestar en toda claridad el punto principal que nos hemos propuesto.

“Si fijamos nuestra atencion sobre los pueblos que invadieron y derribaron el imperio romano, ateniéndonos á los rasgos que sobre ellos nos ha conservado la historia, á lo que de sí arrojan las mismas consecuencias en que se encontraban, y á lo que en esta materia ha podido enseñar á la ciencia moderna la inmediata observacion de algunos pueblos de América, no nos será imposible formarnos idea de cuál era entre los bárbaros invasores el estado de la sociedad y del individuo. Situados los bárbaros en su pais natal, en medio de sus montes y bosques cubiertos de nieve y de escarcha, tenian tambien sus lazos de familia, sus relaciones de parentesco, su religion, sus tradiciones, sus hábitos, sus costumbres, su apego al propio suelo, su amor á la independencia de la patria, su entusiasmo por las hazañas de sus mayores, su amor á la gloria adquirida en el combate, su anhelo de perpetuar en sus hijos una raza robusta, valiente y libre, sus distinciones de familias, sus divisiones en tribus, sus sacerdotes, sus caudillos, su gobierno. Sin que sea menester entrar ahora en cuestiones sobre el carácter que entre ellos tenian las formas de gobierno, y dando de mano á cuanto pudiera decirse sobre su monarquía, asambleas públicas, y otros puntos semejantes, cuestiones todas que, á mas de ser ajenas de este lugar, llevan siempre consigo mucho de imaginario é hipotético, me contentaré con observar lo que para todos los lectores será incontestable, y es, que la organizacion de la sociedad era entre ellos, cual debia esperarse de ideas rudas y supersticiosas, usos groseros y costumbres feroces: es decir, que su estado social no se elevaba sobre aquel nivel que naturalmente debian de haberle señalado tan imperiosas necesidades, como son, el que no se convirtieran en absoluto caos sus bosques; y que á la hora del combate no marcharan sin alguna cabeza y guia sus confusos pelotones.

“Nacidos aquellos pueblos en climas destemplados y rigurosos, embarazándose y estrechándose unos á otros por su asombrosa multiplicacion, escasos por lo mismo de medios de subsistencia, y teniendo á la vista la abundancia y comodidades con